
PRÓLOGO

Ya van 22 años que conozco al autor de esta novela, mi compañero de vida. Sin dudar desde mucho antes de conocerlo siempre ha estado presente la pasión por los libros, la lectura de esa búsqueda infinita entre palabras de no sé qué. Es admirable como en las visitas a ferias, exposiciones de libros, puestos de venta de libros usados en cajas olvidadas, detenerse para una lectura previa, con una concentración envidiable en lugares en donde existe miles de estímulos externos que simplemente son anulados por esa pasión de sumergirse con tanta facilidad entre las palabras e historias que encienden ese chip de la creatividad, la imaginación, la curiosidad, el análisis y muchas otras sensaciones que le otorga la lectura.

Un torbellino de energía. Una personalidad con un ritmo inagotable, que proyecta seguridad, sueños y una constante búsqueda que solo es domado, por esa pausa en las horas que dedica a la lectura y escritura, en la cual queda atrapado e hipnotizado por ese espacio de creación. He conocido muchos académicos, letrados que quisieran tener esa habilidad, talento de estampar sus conocimientos, pensamientos

en un escrito, quizás como una forma de trascender, sin embargo, han abortado por ser una tarea imposible. No es fácil escribir, sin embargo, con esa pasión que lo caracteriza, lo ha logrado.

La última noche, una novela que describe la vida de un adolescente en búsqueda de su destino, un relato de vida. Las experiencias que vive el protagonista, le van formando su personalidad. Un joven inquieto, intelectual y apasionado, en un mundo de poca tolerancia con la diversidad. La Universidad, los amigos, los amores, las drogas, el sexo y los desengaños, son parte de esta literatura latinoamericana. Un País convulsionado por los cambios, jóvenes que sueñan con lo nuevo, con una estructura de vida libre, sin engaños y sin políticos. Una obra simple y de fácil lectura, no por eso profunda, que constituye un sueño hacia la libertad entre hombres y mujeres.

Una Obra realista que no solo muestra ficción sino experiencias vividas por el autor. Novela cautivadora y de fácil lectura relatada en primera persona.

Claudia X. Serey Vargas

CAPÍTULO UNO

Mi abuela Leía novelas de Corín Tellado. Fue ella quien me contagió el gusto por la lectura. El mismo gusto que adquirí por guardar monedas que me regalaba a escondidas de mis viejos y que las mantenía en su *chauchera*. Mi abuelo no leía, pero cuando murió, mi abuela me entregó una caja de madera con candado en donde guardaba sus secretos. “Cuando yo muera esta caja es para Boris le dijo. En su interior había un sobre que decía: “Para Sir Boris Caballero de la orden de la mesa redonda. Me adoraba y sabía mi gusto por la literatura. Yo tenía en aquel entonces 14 años, y leía a Jorge Luis Borges, Horacio Quiroga, Julio Cortázar, Roberto Bolaños. Ahora está en Camelot, junto al Rey Arturo, al mago Merlín, a Uther Pendragón, como un noble sentado en la mesa redonda, esperando ser nombrado Caballero por la orden de la corte y ser quien porte la espada de Excalibur. Como las películas que veía y repetía permanentemente.

Me encerré en la pieza, abrí el sobre, y lo palpé con la yema de los dedos, era un libro estaba seguro, se sentía la

tapa dura por ambos lados, en su interior la primera edición de la novela “La corte del Rey Arturo” de Leonardo Rocha. Pocas veces había leído este tipo de novelas, pero fue otro detonante para seguir por ese camino lleno de sutilidades y egos misericordiosos. Dentro del libro había una carta en papel arroz color gris perla brillante que estaba escrita a mano con su inconfundible letra gótica inclinada y cargada en azul intenso con la cola de cada letra disparada al infinito. Pegada en la parte posterior de la carta una foto de mi abuelo tomándome en brazos a los meses de nacido. Un poco deteriorada, pero se reconocía perfectamente nuestras caras. Un poco más abajo de la foto su nombre y firma, Boris Sotomayor, igual que yo, igual que mi padre igual que mi bisabuelo. La carta decía:”

Querido Sir Boris Junior.

Cuando leas esta carta estaré sentado en la mesa redonda con el Rey Arturo. Estoy bien, esperando ser nombrado Caballero de la Orden de la Mesa Redonda. En cuanto a ti, siento las mismas preocupaciones que sentí cuando crie a tu padre, las mismas ansias de no saber qué pasará contigo. Pero al parecer son más intensas, porque sé que no somos nosotros los que debemos decidir por ustedes sino tus padres. Jamás te preocupes por lo que dicen los demás. Haz todo lo que quieras, cuando quieras. La Juventud está llamada a hacer lo que nosotros no fuimos capaces. La juventud tiene su lucha, y son ustedes los llamados a cambiar este planeta y la forma de vivir. Jamás claudiques en tu esperanza de un mundo mejor. Te quiero, tu abuelo.

El interior de la caja estaba lleno de cartas de aquellos

años, cartas viejas y amarillas llenas de polvo. Llaves de todo tipo, pequeñas libretas con apuntes, lápices de colores, estampillas antiguas en un sobre de nylon, algunos ajos secos, pitas rojas enlazadas a una cruz de madera y un llavero de metal con la imagen del Rey Arturo. Era sorprendente la cantidad de cosas que mi abuelo acumuló con los años. Al igual que él me gustaba coleccionar cosas pequeñas, era mi tesoro. Al comienzo no le di la importancia que tenía realmente ese cajón, si lo había guardado para mí era simplemente por cariño. Me imaginé que las cartas escritas a pulso eran tan antiguas que no se podrían leer. Y fue así. Muchas de ellas con las hojas descoloridas y la tinta borrosa. Tres de las cartas se mantenían en perfecto estado. Por lo menos se podían leer a pesar de las manchas de sus hojas. Cada carta era un mundo nuevo. Al abrir una de ellas, me transportó inmediatamente a aquellos años pasados, a aquellas lecturas de viejos libros de los grandes escritores en donde para saber del otro solo se podía escribir a puño y letra. Sentía aquellas voces ya desvanecidas y lejanas que resonaban con el pasar del tiempo. Ninguna hacía mención de grandes batallas o acontecimientos históricos ni describían las diferentes fases de apasionados amores. Simplemente hablaban del cariño, del amor y de las vidas de personas comunes y corrientes, en donde el sentimiento era expresado directamente sin interludios. Manifestaban su sentimiento con una intensidad conmovedora. El cariño y la admiración que sentían era manifestado de muchas maneras, logrando siempre imprimir en sus frases el calor de la sinceridad. Difícil encontrarlo hoy en día que la tecnología hizo lo suyo y no hay vuelta atrás.

No tienes idea de lo que tu visita significó para nosotros cuando te fuiste, sentí como si el sol hubiera dejado de brillar.

El valor con que te estas enfrentando a tus problemas nos sirve a todos de inspiración. No tenemos la menor duda de que al final, lograrás resolverlos. Eres una persona maravillosa. Ten siempre presente cuanto te queremos y admiramos, tus amigos y tu familia.

Ese era el comienzo de una de las cartas dirigida a mi abuelo. Firmaba mi bisabuelo, Leopoldo Sotomayor. Puedo decir que me conmovió de sobremanera. Una sola frase bastaba para enfrentarse con nuevos bríos al mundo. Eran más fuertes de lo que somos ahora, se enfrentaban a las vicisitudes de la vida con mayor fortaleza de espíritu, sin mayores medios que su alma, transmitiendo ese poder con solo la palabra sincera. *Ten siempre presente cuando te queremos. Basta esto para sentir fuerza, aliento y confianza en que uno puede lograr lo que se propone si detrás tienes una familia que te apoya y ama.*

A los 10 años mi abuela me regaló un libro sobre un niño que quería ser escritor. Me imaginaba al personaje flaco, paliducho, huesudo, pelo largo, encerrado leyendo igual que yo. Ese fue el comienzo de un camino que llenó mi vida de literatura. Un camino que me llevó a soñar y conocer el mundo a través de los libros. Hizo que mi necesidad se tornara solamente en la búsqueda del conocimiento a través de la lectura. Leer era todo, claro que no me perdía los partidos de fútbol con los amigos. Pero la mayoría de las noches me dedicaba solamente a leer.

Mi abuela tenía un librero de pared a pared, seiscientos libros, los he contado unas tres veces si mal no recuerdo. Todos organizados por autores. Miguel de Cervantes era el primero con su obra más importante, dividida en dos libros. “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha” (1605) y “El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha” (1615),

segunda edición en tapa dura. Le seguía en el mismo orden *“Los trabajos de Persiles y Sigismunda”*, del mismo autor. El altillo era un mundo soñado, un mundo de fantasía, los personajes aparecían sin más, hablaba con ellos de todo y con todos, cada uno en su mundo, con su vida, yo era el personaje principal, yo era el amigo de todos al cual le contaban sus problemas y lo hacían partícipe de sus mágicas historias. Cada vez que podía me quedaba tardes leyendo. No comía, mi abuela me dejaba en mi mundo, lejos de la realidad, muchas veces me llevó algún sándwich y bebida para no desfallecer de hambre. Con el tiempo y al ver mi interés por la lectura, la mayoría de ellos pasaron a ser de mi propiedad. Algunos habían sido regalados, otros prestados y los mejores, jamás devueltos a la biblioteca. Fue la etapa de conocimiento puro, del aprendizaje, mi vida era eso, con poca experiencia en la vida, me deleitaba aprendiendo de ellos, al final era lo mismo que haberlo vivido. *“Un lector vive mil vidas antes de morir me decía, la persona que nunca lee, solamente vive una.”* Qué razón tenía. A tan corta edad sabía mucho de autores y novelas antiguas, cuando ya pude salir solo, me lo pasaba en la biblioteca, los pedía con nombre y título, color de tapa y reseña. Me transportaban a otros mundos, el solo hecho de hojear un libro esperado y sentir el aroma de aquellas hojas me hacían fantasear con escribir. Al comienzo lo hacía a escondidas, sin que nadie me viera, me daba vergüenza que algún amigo lo leyera, hasta pasados los años que comencé a mostrarlos a los más cercanos y a la familia. Fue ahí que me di cuenta que mis cuentos algo producían en ellos. Por lo que me dedique a escribir sin parar, si se le puede llamar escritor a pequeño niño. Me llegaron a poner el apodo de Pablo Neruda, lo que no me era indiferente, jamás me habían gustado sus poemas y menos él, pero era un referente para el mundo y para los corderos sin voluntad. Comencé a crear mundos nuevos, la

realidad ficcionada en un cuento, personajes sacados de la vida diaria y de aquellos a los cuales conocía. Todo convivía en cada página, sin reglas, el dolor, el amor, la amistad, la envidia, la familia. Palabras que revelaban ciertos rasgos de un ego elevado para mi edad. Para muchos mi escritura era inquietante, en donde cada situación o personaje se parecía a alguien de la familia a algún amigo. Los lugares conocidos estaban aumentados y descompuestos en donde las cosas más triviales se convertían en las más trascendentales y extraordinarias del mundo. Era el niño intelectual que sacaría adelante el nombre de la familia. Las esperanzas cifradas en este pequeño niño, buen lector, buen escritor, buen deportista, nada podía salir mal.

Mi abuela Tana, mujer de ojos celestes y de mirada fija, siempre decía que el hogar es la cuna que ejerce la influencia más importante en nuestros destinos. Gracias a ella y a mi madre tuve una niñez llena de libros, y lecturas nocturnas. Dos mujeres independientes que soñaban despiertas con cada libro que me leían. Creo que fue a los seis años cuando ya comencé a leer solo, buscaba ese espacio donde me sintiere acogido, tranquilo, en donde diera rienda suelta a mi imaginación. A través de los cuentos que cada noche me leían, descubrí mundos inimaginables que cualquier niño a esa edad hubiese deseado. “El universo es tuyo me decía. Es haya donde llegaras si lo quieres. Lee y escribe sin parar, serás uno de los mejores escritores del mundo. No pares sigue poniendo tus ideas en un papel, que sin darte cuenta llegaras donde quieres mi amor.”

Así la recuerdo, acostada en mi cama, leyendo junto a mí. Así comencé por este camino. Así comencé a crear personajes. Creo firmemente que es el personaje quién te guía y lleva a escribir una novela. Así como Arturo Bandini guió la pluma de Charles Bukowski. Es el personaje el que se

mete en la cabeza del escritor y lo completa con sus pensamientos y sentimientos. La confesión del alma, la confesión del inconsciente es finalmente lo que te arrastra hasta los límites de lo no permisivo para poder contar una historia.

La historia de mis abuelos fue muy particular. Mi abuela era una mujer adelantada a su época. Mi abuelo no muy diferente, pero más reposado, por lo menos eso creí hasta que tuve conciencia de los secretos de la familia. Un día tocaron la puerta, estábamos en casa de la abuela. Era un señor de unos ochenta años, con un ramo de rosas y una botella de vino. Mi abuela descansaba en su pieza. Mi abuelo ya había fallecido. Buenas tardes saludó el hombre, está Rosita. Mi papa lo quedó mirando. Aquí no hay ninguna Rosita señor. Usted se refiere a mi suegra, la Señora Clara. Así es disculpe, pero mi memoria de repente me juega malas pasadas. Clarita, ese es su nombre. Mi viejo sonriendo le dijo que estaba descansando. Por favor le puede decir que vino Cordero, Francisco Cordero, un amigo de juventud. Estás rosas son para ella. Estoy viviendo justo al frente de su casa la 2352. Gracias. Mi abuela se las traía.

A chicotazo limpio crio a sus hijos, en ese tiempo era la costumbre. Hay que enseñarles a estos *cabros*, decía”. Era cruel pero cariñosa, su familia era el sostén de su vida, daba todo por ellos. Me gustaba quedarme en su casa, la casa de los abuelos, siempre había algo nuevo que contar o ver. Las viejas fotos que guardaba en una caja bajo el colchón. En blanco y negro, en una de ellas mi abuelo con guantes y un traje de azul de ferrocarriles del estado y al lado mi abuela que vestía un traje oscuro con guantes y un sombrero café, era día de pago, acostumbrados a que cada quincena lo pasara a buscar para ir de compras y llenar el refrigerador para el mes. Se conocieron a los veinte años. Junto a su hermana les gustaba verse la suerte en las cartas. En una

oportunidad que preguntaron con quién se casarían, le apareció en la carta un hombre con guantes y una pala. Hasta ahí dejaron el juego, nunca más se vieron la suerte. Qué horror casarse con un obrero. Así sucedió al año, cuando conoció a mi abuelo, tomaban el tren para ir al Sur junto a mi bisabuelo en Estación Central, cuando vio a un hombre con guantes y buzo era el operador de la máquina que los llevaría a Chillan. Era mi abuelo hijo de un amigo de mi bisabuelo don Ricardo. Cuando se despidieron quedó tan prendido con esa muchacha de cabello rizado azabache que le dijo que si le daba la oportunidad de conocerla no se arrepentiría y se casarían. La oportunidad llegó y a los seis meses de salir se casaron.

Las pequeñas nimiedades para un adulto eran superpoderes para sus nietos. Cuando hervía la tetera, era capaz de tomarla con la mano sin quemarse, o meter el dedo para probar la comida hirviendo. Tenía ocho gatos en su casa, todos vagabundos, los recogía y alimentaba, como si fueran sus niños. En el patio tenía un palto y un nogal en el cual jugábamos con los amigos del barrio.

Peleaban a diario, pero se amaban. Cada uno tiene una diferente historia sobre cómo se conocieron. Mi abuelo dice que fue mientras esperaban sentados el tren, en Estación Central, cuando viajaban al Sur. Mi abuela dice que fue en la cafetería del lugar donde lo vio por primera vez, él decía que jamás entró a esa cafetería, ella que no es tonta para no acordarse cuándo y dónde fue. “Estás vieja para recordar tanto querida le decía mi abuelo. Lo cierto es que cuando te vi en la estación quedé embobado por tu belleza, tú me miraste de igual forma, sé que te gusté, quedaste prendida conmigo, de ahí en adelante no nos volvimos a separar nunca más. Estas cada vez más loco viejo”.

Clara decía mi abuela, había que saber pronunciarlo

Clara es mi nombre, no clarita ni cla, ni abue ni tana, y cuando lo pronuncien háganlo bien, no sean igual que todos los de su generación, volubles y cambiantes, sin un norte fijo, *cabros* de mierda los de ahora apenas saben limpiarse los mocos y ya están en la cama de a tres, o más, como es posible.

Cuando murió mi abuelo supe varias cosas que no me hubiese gustado saber a esa edad. Una hija que tuvo antes del matrimonio. Mi abuela lo supo después de casarse, jamás le perdonó no haberle contado. Yo recuerdo que me gustó la idea de una nueva tía, aunque no podía decirlo delante de mi madre, no me lo hubiese perdonado, siempre hablando del error que cometió su papá al no contarle la verdad, aunque jamás la conocí hasta el día del funeral, cuando apareció con un vestido azul, el pelo tomado con una cola y un sombrero negro de ala ancha. Quedé perplejo, era ver la cara de mi abuelo, me abrazó por largo rato. “Tú abuelo siempre me hablaba de ti, eras su regalón. Fue mi abuela quien me mantuvo al tanto de los detalles de la familia, era ella la que siempre contaba las historias de todos. Peleaba mucho con mi madre por meterse en cosas que no le correspondía. Pero ella fiel a su forma de ser, le decía: Soy dueña de mis actos y mis palabras, soy tu madre así que respétame. En aquel entonces mi abuelo se dedicaba a la reparación de equipos electrónicos, ya había jubilado de ferrocarriles del estado.

Recuerdo que a los doce años me llevó a Chillán, a su pueblo, el pueblo de sus antepasados y la casa en la que nació. Era una casa pequeña, sin mayores comodidades, en el campo un sector llamado Quinquhua, un pueblo pobre, la mayoría agricultores y trabajadores que se pelaban la espalda al sol, no había más que hacer, por eso lo entiendo ahora, pobre y con poco futuro decidió irse al extranjero,

vivió en argentina por quince años, y fue allí donde conoció su primera esposa y nació mi tío. Bueno el cuento de la separación vino después hasta que conoció a mi abuela cuando volvió a chile. Mi abuelo siempre ayudó a todos sus hermanos, eran siete, les enviaba dinero del trabajo que realizaba en el sur de argentina, en una hacienda, era el administrador del campo de una familia adinerada, con lo cual pudo juntar y hacerse una pequeña fortuna para instalarse con el negocio que siempre quiso, una Ferretería. La mayoría de sus hermanos se quedaron en el extranjero, desde argentina volaron a otros países y se dedicaron al comercio, solo uno de ellos estudió, mi tío Omar, ingeniero electrónico, padre de una conocida empresaria en México, la conozco solo de nombre y por algunas historias que contaba mi abuela. Siempre fue un hombre reservado, pero intenso, sé que vivió mucho, y que hizo lo que quiso al igual que mi tío Antonio.

A mi tío Antonio lo conocí en esa época, era el hermano mayor de mi madre. Del sur. Me traía un regalo. Un pequeño libro que leí y releí mil veces. La bilocación, la imposición de manos, telepatía, precognición, la telequinesis, fenómenos paranormales de los cuales jamás había oído hablar. Me dejaron en otra dimensión. Cuando lo vi por primera vez, lo quise inmediatamente. Era del Sur de Temuco, de un pueblo llamado Perquenco. En sus años de juventud había sido del ejército y por problemas políticos lo habían dado de baja. Era un hombre muy pausado, reflexivo, con esa belleza de lo simple que tienen los hombres del sur. Jamás se imaginaría que ese pequeño libro, acabaría siendo el camino de mis intereses y pasión.

De ahí en adelante comencé a leer sobre estos fenómenos que me cautivaron. Todo se me hizo fácil, esa lectura me derivó a la filosofía, sicología, ciencias y otros fenómenos inexplicables para un pequeño niño. La lectura ya se

había instalado en mi pieza, en mi escritorio y en mi vida. Fue el engranaje que faltaba y que me ayudó a entender muchas cosas que la mayoría de mis amigos no entendían. Mis mejores horas de entretención eran los libros, mis amigos era mi otra debilidad más mundana.

Recuerdo que el primer libro que compré con el dinero que me dio, fue toda una odisea. Estaban por cerrar, entre a la librería con tal seguridad y rapidez que parecía un asalto, y lo hubiese sido sino es por la dependienta, una muchacha joven de aspecto vietnamita, por sus ojos rasgados y tez morena que al parecer me vio tan desesperado que me abrió la puerta y me hizo pasar. De lo contrario hubiese sido capaz de arrodillarme, para tener ese libro.

En uno de los pasillos del segundo piso estaba esperando, en silencio, escondido entre matorrales de libros antiguos, una historia que buscaba nuevamente ser leída por otro apasionado, ese era yo. Con la tapa ya vetusta y polvorienta de un hombre con cabello de león que me miraba monstruosamente diciéndome te estaba esperando llévame de una vez por todas. El extranjero de Albert Camus. Lo abrí nuevamente después de haberlo hojeado mil veces, y solo el comienzo me dejó maravillado.

Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo: "Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias". Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer.

Una oda al talento creativo, un personaje carente de todo tipo de sentimentalismos y empatía por el mundo. Una obra monumental que me hizo leerlo y releerlo mil veces. Me fui corriendo con el libro sujeto en mi mano derecha

firmemente para no perderlo, no quería perder un minuto, el personaje de la portada con cara de león, se le llegaban a erizar los pelos de tan sujeto que lo llevaba. Cuando llegué recién me calmé y logré relajarme. Se me había olvidado que los *cabros* me habían invitado a jugar un partido de fútbol con el equipo de la otra villa. Apenas me interesó. Era primera vez que les decía que no. Me metí en la primera página y lo devoré en dos horas. Volví a leerlo por las cuatro horas siguientes. Me dieron las seis de la mañana y lo leí cuatro veces, me dormí finalmente a las seis de la mañana.

Al día siguiente me levanté temprano. Mi vieja me mandó a comprar pan al negocio de don Roberto, otro lector devorador de novelas y comics, le dije que no podía, lo único que quería era sentarme en la plaza en silencio a leer nuevamente el *Extranjero*. Ya me había propuesto hacerlo sin que nadie me interrumpiera. Finalmente fui y compré un kilo de pan, un cuarto de mortadela y una margarina. Don Roberto estaba pensativo, recién abría cuando le mostré la novela de Camus, me quedó mirando, venía de la cocina con su perchero color azul de la Universidad de Chile, y fumando su pipa sin tabaco, rememorando aquellos años de juventud en que los vicios consumían su vida. Como todo chuncho, al verme, se detuvo frente al mesón de atención, luego miró hacia el cielo, levantó las manos y se puso a cantar: “Ser un Romántico viajero y el sendero continuar, ir más allá del horizonte donde remonta la verdad y en desnudo de mujer contemplar la realidad”.

Vas a quedar sin sesos de tanto leer muchacho, me dijo”. Pero es una buena novela, saca el mejor provecho posible.

Mi abuelo no compartió mucho con sus hijos ya que siempre estaba trabajando, dicen por ahí que tuvo otros hijos cuando recorrió Latinoamérica, según mi abuela. Mi abuela cuenta que cuando se llevó a uno de sus hermanos a argentina, lo dejó a cargo de la Ferretería en la ciudad de

Neuquén, era la única en la frontera con Chile, le iba bien, hasta que mi abuelo decidió dejarlo a cargo como administrador mientras él recorría otros países, en busca de sucursales que abrir. Seis meses estuvo fuera, al volver, su hermano se había ido con la empleada de confianza y había cerrado la Ferretería llevándose todo el dinero.

Tengo en mi mente todavía aquellos domingos en que nos sentábamos al lado de la chimenea, junto a mis primos y escuchábamos las historias de mi abuelo. Tengo la cabeza llena de recuerdos suyos y de las historias de Chiloé, del diablo, de la llorona, y recuerdos de su infancia sacados de las profundidades de su memoria.

Una de las historias que recuerdo hasta el día de hoy es la del imbunche. Había vivido dos años en Castro, Chiloé. Era la leyenda que no nos dejaba dormir. Junto a mis primos nos cobijábamos en el sillón con una frazada a escuchar a mi abuelo. Con solamente la luz de la chimenea que ardía en el comedor, nos llevaba a mundos terroríficos. Una creatura deforme manejada por los brujos de la isla. Contaba que era el guardián de la entrada de la cueva de los brujos, y servía como instrumento maléfico para venganzas y maleficios. Decía que, para crear un Imbunche, se debe secuestrar a un niño primogénito recién nacido no más allá de ocho días, al cual deben deformar, aplastando su cabeza y torciendo sus brazos y cara hasta pegar una de sus piernas a la nuca y partiendo su lengua para que parezca una víbora. Debe alimentarse con leche de gata negra y carne humana. Comprenderán que a esa edad debía dormir con alguien para que me cambiara el colchón de las meadas nocturnas y de las brujas que mi mente albergaba con esas historias.

Hubo una etapa que mi abuelo estuvo separado de mi abuela, se fue a vivir solo cerca de un mes. Le había sido infiel con una amiga. Por supuesto un hecho que mi abuela jamás perdonó. Pero al poco tiempo nuevamente ya estaban

juntos. Perdón y más perdón fueron las palabras que mi abuelo repitió durante meses, estaba realmente arrepentido, pero ya estaba todo hecho, lo disfrutó como nadie, según me contaba después de haber pasado el ventarrón. No estaba arrepentido de haberlo hecho, y menos con una mujer más joven según decía, lo que sentía de corazón era haberle jugado chueco a mi abuela que no se lo merecía, había quebrantado la lealtad que siempre le profesó y eso jamás se perdonó. Mi abuela como era de armas tomar. Un día lo siguió hasta la casa donde estaba y lo encontró abrazado con ella bebiendo en la cama. Como abra sido el momento que todavía cuando lo cuenta queda mirando al infinito con los ojos abiertos como recordando cada segundo desde que mi abuela pateo la puerta y entró. Lo sacó de la camisa y lo llevó a patadas de vuelta a la casa. Una mujer engañada y un hombre que había probado de su propia medicina. Su mirada fue tan fuerte que traspasó su piel y sus ojos como una flecha que atraviesa el corazón, nada escapaba a sus ojos. Solo unas pocas palabras dichas entre labios y el estremecimiento de su cuerpo al verla tan decidida que se paró y camino hacia la puerta sin decir nada.

Ella siempre tuvo un carácter fuerte, una mujer decidida a todo. Luchaba por lo que le parecía correcto, jamás sumisa, igual que mi madre, igual que mis tías, una familia con claridad en los valores. Era una característica de la familia de mi madre, siempre buscando soluciones de una u otra forma.

Al parecer el hilo jamás se corta, al igual que mi padre con el suyo, yo compartí poco con él. Lo que generalmente hacemos los jóvenes, ir en contra de ellos. Mi madre siempre protegiéndome. Problemas con mi viejo por aguantarme todo. Ya saben lo mismo de siempre y todos por igual. Ahora entenderán el por qué cuando somos jóvenes y podemos enfrentar a alguien lo primero que hacemos es

enfrentarlos. Y no porque no los amemos, simplemente es que nos estamos independizando, desarrollando una identidad propia y diferente, tenemos nuestras propias opiniones, ideas y valores sobre la vida. Es parte del desarrollo hacia la adultez; todavía te ven como a aquel niño a quien no le importaba que todo lo decidieran por uno.